

caballería francesa, sin que Cárlos pudiera volver por el honor de sus pendones ni tomar venganza de tan ruda agresión (1).

Tal fué la famosa batalla de Roncesvalles, como la refiere el mismo secretario y biógrafo de Cárlo-Magno que iba en la expedición, desnuda de las ficciones con que despues la embellecieron y desfiguraron los poetas y romanceros de la edad media de todos los países (2). Por muchos siglos siguieron enseñando los descendientes de aquellos bravos montañeses la roca que Roldan, desesperado de verse vencido, tajó de medio á medio con su espada, sin que su famosa Durindaina ni se doblara ni se partiera; aun muestran los pastores la huella que dejaron estampada las herraduras del caballo de aquel paladín; aun se conservan en la Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles, fundada por Sancho el Fuerte, grandes sepuleros de piedra, con huesos humanos, astas de lanzas, bocinas, mazas y otros despojos que la tradición supone pertenecientes á aquella gran batalla.

Entre los cantos de guerra que han immortalizado aquel famoso combate, es notable por su enérgica sencillez, por su aire de primitiva rudeza, por su espíritu de apasionado patriotismo, de agreste y fogosa independencia, el que se nos ha conservado con el nombre de *Altabizaren cantua*, que abajo ponemos en el antiguo idioma vasco, y de que damos aquí una imperfecta traducción.

«Un grito ha salido del centro de las montañas de los Eskaldunacs: y el Etchecho-Jauna (el caballero hacendado, el señor de casa solariega), de pié delante de su puerta, aplicó el oído y dijo: ¿qué es esto? Y el perro que dormía á los piés de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de Altabiscar.

«Un ruido retumba en el collado de Ibañeta: viénesse aproximando por las rocas de derecha é izquierda; es el sordo murmullo de un ejército que avanza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; han tocado sus cuernos de buey, y el Etchecho-Jauna aguza sus flechas.

«¿Que vienen! ¿que vienen! ¡Oh qué bosque de lanzas! ¡Qué de banderas de diversos colores se ven ondear en medio! ¡Cómo brillan sus armas! ¡Cuántos son? ¡Mozo, cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

«Veinte, y aun quedan millares de ellos! Sería tiempo perdidó quererlos contar. ¡Unamos nuestros nervudos brazos; arranquemos de enajo esas rocas; lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas: aplastémoslos, matémoslos!

«Y qué tenían que hacer en nuestras montañas estos hijos del Norte? ¡Por qué han venido á turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo las montañas, fué para que no las franquearan los hombres. Pero las rocas caen rodando, y aplastan las haces: la sangre corre á arroyos; las carnes palpitan. ¡Qué de huesos molidos! ¡qué mar de sangre!

«Huid, huid, los que todavía conservais fuerzas y un caballo! Huye, rey Cárlo-Magno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu mas valiente, tu querido Roldan yace tendido allá abajo. Su bravura no le ha servido de nada. Y ahora, Eskaldunacs, dejemos las rocas, bajemos aprisa lanzando flechas á los fugitivos.

«Huyen, huyen! ¡Qué se hizo aquel bosque de lanzas! ¡Dónde están las banderas de tantos colores que ondeaban en medio? Ya no despiden resplandores sus armas manchadas de sangre. ¡Cuántos son? Mozo, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce,

(1) Eginh. Annal.—Id. Vit. Karol. Magn.—Conde, cap. 20.

(2) ¿Quién no conoce la famosa crónica del arzobispo Turpin, las prozas de Roldan y de los Doce Pares de Francia, las hazañas de Bernardo del Carpio, y los mil romances, canciones y leyendas á que ha dado argumento aquella famosa batalla, incluso lo de:

Mala la hubistes, franceses,  
en esa de Roncesvalles,

que el inmortal Cervantes llegó á poner como el romance mas popular en boca de un Labrador del Toboso?

trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

«¡Uno! ¡Ni uno siquiera hay ya! Se acabaron. Etchecho-Jauna, ya puedes retirarte con tu perro, á abrazar á tu esposa y tus hijos, á limpiar tus flechas, á encerrarlas con tu cuerno de buey, á acostarte despues y dormir sobre ellas.

«Por la noche las águilas vendrán á comér esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente (3).»

El escarmiento de Roncesvalles aleccionó á Cárlo-Magno y le enseñó á abstenerse de traspasar unas fronteras tan ostensiblemente por la naturaleza trazadas, así como le sirvió para procurar la mejor defensa de aquel natural baluarte por la parte que miraba á sus Estados, encomendando su guarda á

### (3) Altabizarem cantua

Oiubal aitua izanda  
Escaldunen mendeien artelic;  
Eta etchecho-jauna, bere atiaren aitinian chutic,  
Idekitu beharriac, eta errandu: norda hor? ¡Cer nahi dantel!  
Eta chacurra bere nausiaren cinetan lo zaguena;  
Alt chatuda eta carazis Altabizaren inguriac beteditu.  
Ibanetaren lephuan harabostbat agerenda;  
Hurbilecenda, arrokac ezker eta esquin iotendi tuic latic.  
Horida urrindic helduden armada beten burumbaba.  
Mendüen capete taric guriec erpuerta emandiotie.  
Bere tunten seinuia adiaacinte:  
Eta etchecho-jaunac bere dardac chorosh tentu.

¡Herdurida! ¡herdurida! ¡Cer lantzazco sasia!  
¡Nola cernahi colozeco banderas hoí en erdian agertoendiren!  
¡Cer sinuitac at heratocendiren hoí en armetario!  
¡Ceubat dira! ¡Haurza, condaitac ongi!  
Bat, biia, hirur, laii, bortz, sei, zatzi, sortzi, bederatzi, hamar, hameca, hamabi, hamahirur, hamalau, hamabort, hamasei, hamazazpi, hemezortzi, hemezortsi, hogoi.

¡Hogoi eta mila oraino!  
Hoién condateia deubora, gastacia litake.  
Hurbildet zegun gure beso zai lac, errhotic alherabet zagun arroca horiee,  
Botha detzahun mendären petharra behera  
Hoién buruen gainezaino.  
Leherdet zagun, herioaz oidetzagun.  
¡Cer nahizuten gure medietario norteco gizon horiee!  
¡Certaco iendira gure baikiaren maasterat?  
Jaungoicoa mendiac endituiemar, nahi izandu hec gizonac ez pasatzia  
Bainan arrohac biribicoica erozteondira tropac leher candituzte.  
Odola currutan badoha, haragi puscac dardaran dande.  
¡Oh! ¡ceubat hecur carrascat huac! ¡Cer odolasco itsasua!

Escapa, escapa, indar eta zaidi dituenolasc.  
Escapa hadi. Carlomagno errege, hire luma beltcekin eta hire capa gorria rekin.

Ire iloba maitia Rolan zangarraha ha utchet hila dago.  
Bere cangarthasuna ieretae ez tuizan  
Eta horai, Escaldunac, utzidzagun arrohac horiee.  
Jausgiten fite igordetzakun queredardac escapa tceendiren conta.

¡Baduaci! ¡baduaci! ¡Nuda bada lantzazco sasi hura?  
¡Nun dira hoién erdian agericiren cernahi colozeco bandera hec?  
Ezta gihüago simistario atheratzen hoién arma odolez bethetario.  
¡Ceuban dira! ¡Haura, condaitac ongi!  
Hogoi, hemezortzi, hemezortzi, hamazazpi, hamazei, hamabortz, hamalau hamahirur

Hamabi, hameca, hamar, bederatzi, zortzi, zatzi, sei, bortz, laii, hirur, biia, bat.

¡Bat! Eza bihiric ageri gihüago.  
¡Akhboda! Etchecho-jauna, inaiten ahalteia zure Makurraekin,  
Zure emaztiaren, eta zure haurren bezarcat cerat,  
Zure dardan garbitcerat, eta althacterat, zure tuntekin, eta gero heüen gainian et zatat eta lociteat.  
Gabaz arrahanuac inendira haragi pusca leheria horien iaterat  
Eta hezur horiee oro zuritu codira eternitatean.

Este bello canto de guerra en lengua euskara, cuya tradición aun se conserva entre los habitantes de los Pirineos donde pasó la batalla de Roncesvalles á que alude, hállase en el Recueil de M. J. Michel, Chansons de Roland, appd. pág. 226, y en el Journal de l'Institut historique, tom. I, pág. 176.—El Altabizar es una colina que domina el valle de Roncesvalles.

sus mas fieles condes, abades y leudes, y poniendo la Aquitania bajo una vigorosa organizacion militar que la conservase al abrigo de una invasion por parte de los árabes ó de los montañeses vascones (1).

Despues de la desastrosa retirada de Cárlo-Magno, Zaragoza fué teatro de nuevas turbulencias entre los caudillos musulmanes enemigos de Abderrahman. Hussein ben Yahia, el Abassida, habia hecho asesinar á Ibnalarabi, provocado una reaccion contra los malos musulmes, que habian llamado al rey de los cristianos *Karilah*, y proclamádose emir independiente de la España Oriental. Los partidarios de Ibnalarabi, incluso su hijo Issum, igualmente que los parciales del emir de Córdoba, habian tenido que refugiarse á los valles de los Pirineos y á la Septimania, huyendo de la comun persecucion de Hussein. La traicion de Ibnalarabi y la invasion de Cárlo-Magno habian conmovido menos á Abderrahman que la noticia de haberse enarbolado de nuevo en Zaragoza el aborrecido pendon de sus eternos enemigos los Abassidas, y desde luego acudió con gran golpe de gente contra la sublevada ciudad. Costó esta vez la rendicion de Zaragoza dos años de obstinado sitio, al cabo de los cuales, cansado Hussein y agotados todos sus medios de defensa, se sometió á Abderrahman, dando al vencedor en rehenes sus hijos (780). El valeroso Ommiada, restablecida su autoridad en Zaragoza, pasó á Pamplona, que desmantelada de murallas dos años antes por Cárlo-Magno, no pudo oponerle resistencia alguna; desde allí prosiguió á visitar el país vecino á Roncesvalles, teatro de las glorias de los montañeses vascones, pero sin atreverse á penetrar en aquellas terribles gargantas en que tan duro escarmiento habia hallado un príncipe cristiano, no menos esclarecido y poderoso que él; despues, cruzando de nuevo el Aragon, y reducidos á la obediencia los walies y alcaldes de las ciudades y villas de aquellas inquietas comarcas, pasó á Gerona, Barcelona y Tortosa, y asegurada al parecer la tranquilidad en estas no menos turbulentas tribus, regresó á su residencia habitual de Córdoba, satisfecho de dejar sometidos á su dominacion los valles del Ebro y las tribus y ciudades de las vertientes de los Pirineos.

Pero destinado estaba el ilustre fundador del imperio árabe de Occidente á pasar una vida desasosegada y zozobrosa. Veinticinco años se contaban desde su arribo á la Peninsula, y apenas habia podido gustar algunos momentos de reposo. Vencedor de cien rebeliones, tantas veces reproducidas como sofocadas, parecia que sus enemigos de dentro y fuera se habian propuesto proporcionarle ocasiones de ganar gloria, aunque á costa de inquietudes y peligros. Aun no habia trascurrido un año de la sumision de Zaragoza cuando se vió tremolar otra vez la bandera de la rebelion en el seno mismo de la Andalucía (781). El otro hijo de Yussuf el Fehri, aquel Abul Asuad, á quien en 763 dejamos recluso por órden de Abderrahman en un torreón de los muros de Córdoba, acababa de evadirse de la prision, y era el que habia alzado de nuevo el estandarte rebelde de los Fehries. Las circunstancias de su evasion merecen ser referidas.

Los primeros años de su cautiverio habia sido custodiado con toda rigidez, porque el bando de los Fehries era todavia fuerte y hacia necesaria toda precaucion. Mas al paso que se disipaban los temores de nuevas revueltas por parte de aquella parcialidad indócil, habia ido aflojando el rigor de los guardas y carceleros, y disminuyendo poco á poco su vigilancia y cuidado. No era, sin embargo, esta tan escasa que hubiese podido Abul Asuad realizar su fuga en dos ocasiones que la intentó. Entonces apeló á un ardid, tan ingenioso como de paciencia grande y de ejecucion difícil. Un dia habiéndole sacado á que gozase de la luz del sol, fingió en aquel momento quedarse ciego, y lo fingió con tal propiedad y lo sostuvo con tal perseverancia que llegaron todos á persuadirse de ser una realidad su ceguera. Con este motivo fuéronsele

(1) No es posible formar una idea medianamente exacta de estos sucesos por la historia de Mariana. En el cap. 11 del lib. VII, que titula: *Como Cárlo-Magno vino en España*, altera fechas, refiere fábulas, supone hechos, ni probados ni verosímiles, añade dos ó tres venidas de Cárlo-Magno que no hubo, confunde épocas, y confunde tambien al lector, que debe mirar como no existente dicho capítulo.

ensanchando los límites de la prision; permitiásele bajar á los aljibes, y á las salas bajas del baluarte que daban al rio, y cuya ventanas ofrecian fácil salida; dejábasele hasta dormir en aquellas piezas en las noches del estío. En este estado habia tenido ocasion de comunicar su proyecto á algunos parciales de su familia que acudian á verle, y de concertar con ellos los medios de ejecucion. Así fué que una tarde de verano, aprovechando la hora y sazón de estarse bañando las gentes en el Guadalquivir y distraidos en otros negocios sus carceleros, se descolgó de repente por una de las ventanas bajas de la escalera de las cisternas, pasó á nado el rio, y cuando se halló del otro lado tomó un disfraz y un caballo que sus amigos le tenian dispuesto, y se encaminó por sendas desusadas á Toledo, donde ya le esperaban tambien sus adictos, los cuales le proveyeron de todo lo necesario y le facilitaron medios para que pudiese sin peligro pasar á las montañas de Jaen, abrigo de todos los descontentos del emir y de todos los parciales del antiguo y pertinaz partido de los Fehries.

Cuando el emir supo la evasion del creído ciego exclamó: «Temo mucho que la fuga de este ciego nos haya de causar no poca inquietud y efusion de sangre.» En efecto, ya entonces se hallaba Abul Asuad al frente de seis mil hombres posesionado de las sierras de Segura y de Cazorla, mientras su hermano Cassim, el fugado de Toledo, el compañero de Ibnalarabi, habia reaparecido otra vez como por encanto en la Serranía de Ronda, y reclutaba gente para engrosar las bandas de Abul Asuad. ¡Admirable actividad y constancia la de los hijos de Yussuf, solo comparable á la de su padre! Noticioso el emir de esta novedad partió de Córdoba á la cabeza de su caballería, y dió órdenes á diferentes walies para que se le incorporasen con sus respectivas huestes. Encastillados los rebeldes en las breñas de Cazorla, sostuvieronse por espacio de tres años haciendo la guerra de montaña, la mas á propósito para rendir de fatiga y sin resultados las tropas del emir. Impacientado ya este y ardiendo en deseos de terminar de una vez lucha tan prolongada y fatigosa, hizo un llamamiento general á todas las tribus, y congregados todos los hombres útiles de guerra, dispuso una batalla simultánea en las asperezas en que se abrigaban los rebeldes, resuelto á no dejar un enemigo á vida. Abul Asuad de resultados de este ojeo reconcentró su gente en Cazorla. Aconsejábanle allí unos que implorase la clemencia del emir, seguro de que seria acogido con benignidad, otros que aceptara la batalla y en lo mas recio de ella se pasara al campo enemigo donde seria recibido con benevolencia. Desechó altivamente el Fehri una y otra proposicion como innobles, y prefirió aventurar el todo por el todo en un combate. Y así fué que forzado á aceptar la pelea en los campos de Cazorla, sus indisciplinadas bandas, buenas para la guerra de montaña, de sorpresa y de rapina, pero poco á propósito para una batalla campal, fueron pronto acuchilladas y deshechas por los escuadrones regulares y aguerridos de Abderrahman. Muchos se ahogaron en las aguas del Guadalimar; otros se retiraron á sus casas; Hafila, uno de los bandidos mas antiguos, huyó á sus conocidas montañas de Jaen; Cassim pudo retirarse á la Serranía de Ronda, y Abul Asuad escapó desfavorido con unos pocos por Sierra Morena á Extremadura y el Algarbe. Mas de cuatro mil hombres habian quedado en el campo (784).

Vióse Abul Asuad acosado en tierra extraña por los walies de Beja, de Alcántara y de Badajoz; abandonáronle sus compañeros; y solo, errante noche y dia por bosques y cuevas, como hambriento lobo, dice un autor árabe, derrotado y miserable entró en Coria, donde estuvo oculto algun tiempo: precisado á volver á salir de allí, continuó errante de bosque en bosque, apagando su sed en los arroyos, y pidiendo limosna á los transeuntes: por fin, descalzo y andrajoso, desfigurado con los trabajos, entró en Alarcon, pueblo y fortaleza de Toledo, donde recibió la hospitalidad del desvalido, y á poco tiempo una muerte oscura puso fin á sus infortunios. Tal fué el lamentable fin del hijo mayor de aquel Yussuf, enemigo implacable de Abderrahman. Habiase fingido ciego en la prision, y solo recobró la libertad y la vista para gozar de la libertad de las fieras del bosque y del espectáculo de su negra desventura.

Terminada esta guerra, pasó Abderrahman á visitar la Extremadura y Lusitania. Recorrió las ciudades de Mérida, Evora, Lisboa, Santaren, Coimbra, Porto y Braga, haciendo levantar en todas partes mezquitas y estableciendo escuelas públicas para la enseñanza del islamismo: volvió por Zamora, Astorga y Ávila, ciudades todas conquistadas antes por el rey cristiano de Asturias Alfonso I, y abandonadas sin duda despues ó poco defendidas, y pasó á Toledo, donde fué recibido por su hijo Abdallah con las mayores demostraciones de alegría (785). Allí supo que Cassim, el hijo menor de Yussuf, unido al indómito Hafila, restos ambos de la batida de Cazorra, hacían todavía los últimos desesperados esfuerzos por la parte de Murcia y Almería. Mientras Abdallah, hijo del célebre Marsilio, y heredero del valor y de la severidad de su padre, perseguía á Cassim ben Yussuf, Abderrahman visitaba los pueblos de las montañas de Jaen, teatro de la última guerra, cambiando con su presencia y porte el espíritu desfavorable que en ellos dominaba y disipando con su amabilidad las prevenciones que contra él tenían. Al llegar á Segura de la Sierra, exclamó: «Esta fortaleza, defendida por un buen alcaide y por algunos ballesteros fieles, sería inaccesible como el nido del águila en la empinada roca.» Lleváronle allí la noticia importante de haber caído Cassim el Fehri en manos de Abdallah, hijo de Marsilio (Abdelmelek ben Omar). Invirtió algunos días el emir en recorrer las aldeas de la sierra, y luego bajó á Denia, donde le esperaba otra nueva no menos feliz. Abdallah había capturado también al terrible caudillo de los rebeldes Hafila, á quien había decapitado en el acto. Cuando Abderrahman llegó á Lorca, incorporóse el vencedor Abdallah, y juntos se encaminaron á Córdoba, donde entraron en medio de las mas vivas aclamaciones y plácemes de los habitantes de la ciudad (786). Presentáronle allí al rebelde Cassim encadenado: el hijo de Yussuf imploró la clemencia del emir besando la tierra que pisaba el mismo á quien había hecho guerra obstinada y pertinaz. El ilustre emir puso término á la guerra de treinta años con un rasgo de magnanimidad que acabó de realzar su grandeza. No solo mandó quitar las cadenas y grillos al cautivo Fehri, sino que le otorgó mercedes y le dió tierras en Sevilla para que pudiese vivir conforme á su antiguo rango y socorrer á sus parientes desvalidos. Cassim, conmovido con tan generoso proceder, ofreció solemnemente ser desde entonces el mas fiel servidor y amigo de su magnánimo bienhechor (1).

¡Cuán diferente estrella la de los hijos de Yussuf el Fehri! Abul Asuad, preso diez y ocho años en una torre, logra á costa de una fingida ceguera, ficción aun mas incómoda que el mismo cautiverio, evadirse de la prision, alza el pendon rebelde en el corazón de una montaña, es batido á ojeo como una fiera dañina, derrota en un combate, abandónale los suyos, vaga por los bosques como una almaña perseguida por el cazador, pide limosna á los transeuntes, apaga la sed en los torrentes del desierto, desfigúranle los trabajos de la vida salvaje, y escualido y desnudo entra en una poblacion donde muere como un mendigo en la oscuridad y en la miseria. Cassim, su hermano, diez veces prisionero y otras tantas auxiliado para fugarse, fomentador de todas las rebeliones, conspirador incansable y eterno, aparece do quiera que había enemigos armados del emir, en ciudades y en despoblados, en España y fuera de ella, en Mediodía y en Oriente, en riscos y llanos, es apresado al fin, y no solo obtiene perdon é indulto de un vencedor de quien fuera tan mortal enemigo, sino tambien tierras de que poder vivir con la grandeza de un príncipe. Inútil sería buscar en lo humano las causas de estos contrastes que en todos los siglos, en todas las religiones y en todos los países suele ofrecer la suerte de los hombres.

Llegamos por fin al término de la carrera de Abderrahman: treinta años llevaba de luchas el hijo de Moawiah con pocas interrupciones, al cabo de los cuales, vencedor siempre, pero siempre molestado, logró todavía poder dedicar con quietud alguno aunque corto tiempo á afianzar el trono de los Omniadas y á legárselo en un estado brillante á sus sucesores. Dedicó, pues, Abderrahman este apetecido período de sosiego

(1) Conde, part. II, cap. 23.

á embellecer á Córdoba con monumentos que testificaran á la posteridad su poder y grandeza. Ya la había adornado con alcázares, palacios y jardines; mas queriendo dejar levantado en la capital del imperio un templo que igualara ó excediera á los mas magníficos y soberbios de Oriente, dió principio á la construcción de la grande aljama ó mezquita mayor de Córdoba sobre el mismo plan de la de Damasco, en lo cual llevó acaso la idea religiosa y el pensamiento político de apartar mas y mas á los musulmanes españoles de la dependencia moral de Oriente en que los conservaba la veneración á la Meca, haciendo á Córdoba un nuevo centro de la religion musulímica. Para activar los trabajos y alentar á los operarios con su ejemplo, trabajaba Abderrahman por sí mismo una hora cada día; mas á pesar de tanta actividad y de haber consumido en los gastos de la obra mas de cien mil doblas de oro, Dios no le permitió ver concluido el grandioso monumento, en que, al decir de un moderno poeta, el ojo había de perderse en maravillas (2). Reservada estaba esta satisfacción á su hijo Hixem (3). Pero á Abderrahman correspondió la gloria del pensamiento y la honra de haber dotado con rentas perpetuas los hospitales y escuelas (madrisas) que levantó á la sombra de la grande aljama.

Ocupado estaba el ilustre Omniada en estos trabajos, cuando sintiéndose próximo á descender al sepulcro, convocó á los walfes de las seis provincias, y á los gobernadores de doce ciudades principales, con sus veinticuatro wazires, y teniéndolos reunidos en su alcázar, á presencia de su *hahgib* ó primer ministro, del cadí de los cadíes, de los alkatibes, secretarios y consejeros de Estado, declaró su voluntad de dejar á su hijo Hixem por *walí alahdí*, ó sucesor del imperio; rogó á todos le reconociesen y jurasen por tal, é hicieronlo así todos aquellos altos dignatarios, tomando la mano á Abderrahman, según costumbre, en señal de obediencia y respeto, y prometiendo fidelidad al futuro emir cuando su padre muriese. Era Hixem el predilecto de su padre, porque aventajaba á sus hermanos en bondad y en sabiduría, en prudencia y rectitud. Murmuróse que la sultana Howara, madre de Hixem, la mas querida, y acaso la única esposa que tuvo el emir, no había dejado de influir en la elección. Mas aunque los dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah no podían reclamar legalmente derecho de preferencia á la soberanía, puesto que esta era electiva, como lo era tambien en aquella época entre los cristianos, no pudieron sin secretos celos y sin un resentimiento que por entonces ahogaron, verse postergados á un hermano menor, cuyo mérito y virtudes presumían por lo menos igualar.

Despedida la asamblea, partió Abderrahman á Mérida, acompañándole Hixem, y quedando Abdallah en Córdoba: Suleiman volvió á su gobierno de Toledo. A los pocos meses adoleció Abderrahman en Mérida de una enfermedad, de la cual no tardó en sucumbir. Acaeció su muerte en el año de la egira 171, el 22 de la luna de Rebie segunda (30 de setiembre de 788). Tenía entonces poco mas de cincuenta y nueve años, y dejaba once hijos y nueve hijas. Hizosele un entierro solemne y pomposo, acompañando su féretro toda la gente de la ciudad y de sus contornos, con señaladas muestras de sentimiento y pesadumbre (4).

Así terminó su agitada y gloriosa carrera el primero de los Omniadas de España, Abderrahman ben Meruan, á cuyas

(2) Víctor Hugo.

(3) Abderrahman hizo la parte principal, desde el muro occidental hasta la undécima nave inclusive. Según el autor del Indicador Cordobés (edición de 1837), la actual catedral de Córdoba compendia en sí la historia de los cuatro grandes períodos de la España romana, gótica, árabe y restaurada. En el sitio que hoy ocupa este grandioso templo estuvo el que los romanos dedicaron á Jano, que llamaron Augusto. De ello se hallaron dos inscripciones cuando se abrieron los cimientos para la fábrica de la capilla mayor, que están hoy colocadas en el arco llamado *de las Bendiciones*. En este mismo sitio, según la opinion mas probable, estuvo en tiempo de los godos el templo de San Jorge, aquel fuerte donde se refugiaron los caballeros godos y cordobeses cuando la invasion de Mugueiz el Rumi, y que de la catástrofe en él ocurrida, se llamó *iglesia de los Mártires*. Despues fué la gran mezquita, y San Fernando la convirtió en catedral cristiana, cuyo destino conserva.

(4) Conde, cap. 24.

aventajadas cualidades sus mayores enemigos no pudieron menos de hacerle justicia. Almanzor, califa de Bagdad, y por lo mismo natural enemigo de su nombre y familia, elogiaba su valor y sus talentos, y se felicitava de que las guerras interiores de España le hubieran impedido ejecutar el atrevido pensamiento que tuvo, según Al Makkari, de llevar la guerra hasta el Oriente, y de derrocar la poderosa dinastía de los Abassidas. Los escritores cristianos, á pesar de sus naturales antipatías, no pudieron dejar de reconocer sus virtudes. El Silense le llama el gran rey de los moros (1), y el arzobispo don Rodrigo dice que Abderrahman fué llamado *Adahid*, el Justo (2). «Carlo-Magno, dice un escritor contemporáneo, la figura colosal que descuella en aquel siglo, queda rebajado en comparacion de Abderrahman (3).»

Aunque Abderrahman gobernó como jefe supremo é independiente, y aunque las historias cristianas y algunas árabes le nombran Rey, Califa (Vicario), ó Miramamolín (4), consta por Al Makkari que nunca se dió á sí mismo sino el modesto título de Emir. Los dictados de miramamolín y de califa no empezaron á darse á los emires de Córdoba hasta el octavo de los Omniadas de España Abderrahman III ó sea Abderrahman al Nasir.

El mismo año de la muerte de Abderrahman I entró en Africa Edris ben Abdallah, que despues de haber andado errante por aquellas regiones como en otro tiempo Abderrahman, se apoderó de Almagreb, quitándole á los califas de Oriente, y echó los cimientos del reino de Fez, que transmitió en herencia á su hijo Edris ben Edris. De esta manera el Africa propiamente dicha, desde el Egipto hasta el Estrecho, se constituía independiente de los califas Abassidas, como treinta y ocho años antes se había constituido la España: circunstancia interesante para la inteligencia de los sucesos ulteriores de nuestra historia.

## CAPITULO VII

Hixem y Alhakem en Córdoba; Alfonso el Casto en Asturias

DE 788 Á 802

Solemne proclamacion de Hixem I en Córdoba.—Guerra que le movieron sus dos hermanos Suleiman y Abdallah.—Véncelos el emir.—Noble y generoso comportamiento de este.—Rebeliones de los walfes de la frontera oriental.—Proclama Hixem la *guerra santa*.—Progresos de los musulmanes de uno y otro lado del Pirineo.—Termina Hixem la gran mezquita de Córdoba.—Su descripción.—Triunfo de Alfonso II (el Casto) en Asturias.—Muerte de Hixem, y elevacion de su hijo Alhakem I.—Disputante el trono sus dos tíos Suleiman y Abdallah.—Guerra civil.—Su término.—Alfonso de Asturias hace una excursion hasta Lisboa.—Mensaje y presentes de Alfonso á Carlo-Magno en Aquisgran.—Es destronado momentáneamente, recluso en un monasterio, y vuelto á aclamar.—Conquistas de los francos en el Oriente de España.—Célebre sitio de Barcelona por Ludovico Pio, rey de Aquitania.—Ríndele la plaza los musulmanes.—Origen del condado de Barcelona.

Extraño se mantenía á todos estos sucesos el pequeño reino de Asturias, como oscurecido en un rincón bajo los inertes príncipes que mediaron del primero al segundo Alfonso, que todavía, como anunciamos en otro capítulo, tardará tres años en empuñar el cetro de la monarquía de Pelayo.

Con desusada pompa se celebraba en 788 en Mérida, terminados los funerales de Abderrahman, la solemne proclamacion de su hijo Hixem I. «¡Que Dios ensalce y guarde á nuestro soberano Hixem, hijo de Abderrahman!» era el grito que resonaba en todas partes, y rezábase por él la *chouta* ó oracion pública en todas las mezquitas de España. Ayudaba al entusiasmo con que era saludado Hixem su majestuosa presencia, su indole apacible, y la fama de religioso y justiciero que ya gozaba, designándole desde el principio con el doble dictado de *Al Adhil*, el justo, y de *Al Radhi*, el benigno y afable.

(1) Abderramen magnus rex Maurorum. Chron. n. 18.

(2) Hist. Arab. 18.

(3) Alcant., Hist. de Granada, tom. II.

(4) Corrupcion de *Emir-al-mumenin*, emir ó jefe de los creyentes.

Pero estas virtudes no bastaron á estorbar que sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah, walfes de Toledo y de Mérida, no pudiendo resistir á la envidia y enojo de verse postergados, le declararan abierta guerra, proclamándose independientes en Toledo, donde ambos se habían reunido. Al wazir de la ciudad, que se negó á coadyuvar á sus designios, encarceláronle y le cargaron de cadenas. Y como Hixem escribiese á su hermano Suleiman para que le diese cuenta de la causa ó motivo de aquel maltratamiento, la respuesta del soberbio Suleiman fué hacer sacar de la prision al desgraciado wazir y clavarle en un palo á presencia del portador de la carta, diciéndole á este: «Vuelve y dí á tu señor lo que vale aquí su soberanía: que queremos ser independientes en nuestras pequeñas provincias, lo cual es una corta indemnizacion del desaire que se nos ha hecho.» Justamente indignado Hixem de la desatentada osadía de sus hermanos, marchó á la cabeza de una hueste de veinte mil hombres sobre Toledo. Suleiman había salido á su encuentro con quince mil. Batiéronse los dos hermanos con el encarnizamiento de extraños enemigos. Derrotado el rebelde, pudo á favor de las tinieblas de la noche refugiarse á los montes, y el ejército vencedor prosiguió á poner cerco á la ciudad, defendida por Abdallah. El sitio apretaba, Suleiman no volvía, escaseaban los víveres, cundía en la ciudad el descontento, y Abdallah pidió permiso á los jefes del campo enemigo para pasar á conferencia con el emir su hermano. Salíó de Toledo de incógnito, presentóse á Hixem, el cual por uno de aquellos impulsos indeliberados, propios de las almas generosas, recibió á Abdallah con los brazos abiertos. Ante la elocuencia muda de la sangre no vivió en su hermano al gobernador rebelde de Toledo, sino al hijo de Abderrahman como él. Concertóse, pues, la entrega de la plaza y el olvido de todo lo pasado, y juntos marcharon á Toledo, donde fué recibido Hixem con públicas demostraciones de alegría. Instaló en calidad de walí á un pariente del wazir tan inhumanamente sacrificado: dió á Abdallah para que pudiese vivir una casa de recreo situada en uno de los mas amenos sitios de la campiña del Tajo, y regresó á Córdoba á preparar los medios de reducir á Suleiman, que tenaz en su rebelion, se había corrido de los montes de Toledo á los campos de Murcia, y reclutado gran número de descontentos.

Tampoco tardó en verse segunda vez humillada la soberbia de Suleiman. El jóven hijo de Hixem, Alhakem, que hacia el primer ensayo de acaudillar algunas tropas, mandaba la vanguardia del ejército destinado á perseguir á su rebelde tío. En los campos de Lorca encontró la gente de este, y con el ardimiento y la inconsideracion de un jóven que no ve los peligros la arremetió impetuoso, y tuvo la fortuna de arrollarla. Cuando llegó el ejército del emir no halló ya con quien pelear. Costóle al jóven vencedor ser amonestado por su padre, para que otra vez no procediera con tanta precipitacion, pues si bien es necesario el arrojo en las lides, no lo es menos la prudencia, por cuya falta caudillos muy bravos causaron muchas veces la ruina de sus reinos y la suya propia. Cuando Suleiman, que no había estado en la batalla, supo la derrota: «¡Maldicion á mi suerte!» exclamó, y sin decir mas corrióse con algunos jinetes á tierra de Valencia, donde acosado por la caballería del emir escribió á su hermano solicitando le admitiese en su gracia con las mismas condiciones que á Abdallah. Hixem, siempre generoso, allanóse tambien á ello; si bien conociendo el carácter impetuoso y arrebatado de Suleiman, le propuso que se estableciese en Tanager ó otra ciudad de Almagreb, donde con el valor de los bienes que tenia en España podría adquirir otras posesiones equivalentes. Accedió á todo Suleiman, y vendidas sus haciendas en sesenta mil miteales de oro pasó á morar en Tanager. Así terminó (de 788 á 790) la guerra de los tres hermanos (5).

Simultáneamente había estado ardiendo el fuego de la rebelion por las fronteras del Pirineo Oriental. Los inquietos berberiscos no se resignaban á la obediencia de los emires árabes. Ya era el walí de Tortosa Said ben Hussein que se

(5) Roder. Tolet. Hist. Arab. c. 18.—Conde, part. II, cap. 25 y 26.—Ben Alabar, in Cassiri.